

# LIBROS

## González Ruiz: el diálogo en dos niveles

Sobrino del obispo de Málaga durante la República, hermano de canónigo y canónigo él mismo en aquella Diócesis, aunque ahora en situación de dispensa legal de residencia, este sevillano de mil novecientos dieciséis, José María González Ruiz, ha tenido que capear muchos temporales antes de llegar al "status" actual en que no sólo se le respeta, sino que se le sigue "se le admira por la originalidad y la profundidad de sus trabajos. González Ruiz es el campeón del diálogo en el mundo católico, el más consecuente mantenedor de la apertura y el entendimiento. Desde sus primeros libros —"Comentarios a las epístolas de la cautividad de San Pablo" y "Comentario a la epístola a los galatas"— hasta los más recientes —"Marxismo y cristianismo frente al hombre nuevo", "Pobreza evangélica y promoción humana" y "Crear es comprometerse"— ha desarrollado un doble trabajo, en el plano de la discusión y en el del análisis y la investigación teológica, que culmina en la obra que acaba de aparecer, y que justifica sobradamente su presencia en esta página, obra titulada "Dios es gratuito, pero no superfluo". En su labor aparecen unidas praxis y teoría, como lo prueba este libro, resultado de uno de sus múltiples viajes, jalados de conferencias e intervenciones públicas.

González Ruiz se encuentra ahora en Madrid. Piensa que puede vivir de su trabajo por su condición de célibe, porque no tiene una familia que mantener. Además, por razones muy concretas, es fervoroso partidario del celibato del clero.

GONZÁLEZ RUIZ.—El celibato tiene valores porque res-

ponde a una virtud profética. Muchas de las aventuras de un profeta no podrían realizarse si estuviera vinculado a una familia. Creo, sin embargo, que el celibato no puede ser exigido perentoriamente para el ejercicio del ministerio sacerdotal. El problema no es católico, sino latino. Cuando el Papa actúa en este aspecto lo hace no como Papa, sino como Patriarca de Occidente. Partiendo de una consideración sociológica, yo vería muy peligroso que en el momento actual se estimulara el matrimonio en el clero. La punta revolucionaria del ministerio sacerdotal la constituye la superación de la casta, o sea, del clero como un sector social determinado. Ahora bien, si se estimulara, la casta clerical tendría enormes oportunidades de sobrevivir. Yo veo «providencial» que los dirigentes de la Iglesia católica adopten una actitud rígida.

—Tu papel ha sido muy importante en el Concilio Vaticano.

G. R.—Bueno, mi intervención en el Concilio revistió un carácter muy curioso. Mi especialidad es la teología bíblica, y ya sabes que los teólogos bíblicos forman el ala más progresista de la Iglesia. Estudié con el cardenal Bea; me dio clases de cuatro asignaturas. Y el cardenal Bea ha sido, durante un tiempo, algo así como un símbolo del progresismo. Todos los teólogos bíblicos hemos soportado, durante largos años, la sospecha de incurrir en desviacionismo. De ahí, seguramente, que hubiera en el Concilio muy pocos peritos bíblicos, como se advirtió en seguida, durante el primer mes. Pero el veintinueve de noviembre de mil novecientos sesenta y dos ocurrió algo decisivo: estalló la democracia en la sala conciliar. Creo que fue, si no recuerdo mal, el cardenal Lienart quien desencadenó este proceso. Se produjo una poderosa exigencia de libertad, expresada incluso con cierta agresividad. Y la gente empezó a hablar. Entonces se notó en los peritos designados la deficiencia originada por una enorme imprevención. Por eso hubo que abrir el paso a la iniciativa privada.

—Fue tu oportunidad.

G. R.—Lo fue. Yo era, como

## Un eslabón perdido

# La recuperación de Erasmo

Hace quinientos años, un cura de Rotterdam se dio el susto de su vida: un niño nacía de sus pecaminosas obras. Se dice que los hijos de cura son invisibles, aludiendo a la prudente necesidad de esconderlos y envolverlos de discreción. El niño Didier Erasmo, luego Erasmo de Rotterdam, fue uno de los personajes más visibles de su tiempo. El silencio vino después, cuando este enemigo del fanatismo quedó marginado por las hogueras de la Reforma y la Contrarreforma. No era una buena época para un pacifista, un tolerante, un humanista. Un, digamos, progresista. De la excelente rama reformista. Fue, dijo él, «el peor siglo después de Jesucristo»: carecía de dotes proféticas. El caso fue que sus discípulos y amigos fueron quemados por la Inquisición, como Luteros, mientras los Luteros hacían arder a algunos otros como Católicos. Y por traidor católico fue decapitado por Enrique VIII su gran amigo, Tomás Moro. Este es el drama de los equilibristas en materia de política, de religión y de algunas otras materias inflamables. Lutero le llamó «el Rey de los anfibia», y con este epíteto despectivo para una época en la que era preciso «engañar», como luego pasaría en la de Sartre, y era tan malo querer sacar cordura del fanatismo, pasó al olvido. Está claro, por todo lo dicho, que nuestro tiempo lo tendría que sacar a la luz, y así lo hace aprovechando el quinto centenario de su nacimiento (28 de octubre de 1467).

Erasmo no fue abandonado por su padre; pero lo fue, a la muerte de éste, por sus tutores, que se gastaron la herencia que debían administrar, y colocaron al joven en un convento de monjes. Su temprana sabiduría le ganó la secretaría de un obispo, y el afecto de éste le envió a París, los viajes por Europa, los estudios en Oxford, donde habría de dar con Tomás Moro. Los que tuvieron grandes nombres eran ya sus amigos: Paracelso, Holbein, Durero, Rabelais, Holbein. Sus escritos comenzaron a convertirse en un gran personaje intelectual de Europa. Y el Papa Julio II le dispensó de los votos monásticos, solución de forma para una situación que estaba establecida de hecho, puesto que no pisó un convento durante largos años.

Sus escritos fueron los que podríamos llamar periodísticos. Sus enemigos le acusaban de falta de rigor y de capacidad de improvisación en vista de la variedad de sus temas: las Escrituras —es autor de una versión al griego del Nuevo Testamento—, las leyes de educación —que ya se discutían en aquella época—, la mejor manera de pronunciar el griego. Cualquiera tema podía servirle para desarrollar sus temas conciliantes y —palabra de hoy— «oportunistas». Leyendo ahora la biografía del profesor Bainton

(Roland H. Bainton, «Erasmus of Christendom», Collins, Londres), que es una típica biografía de recuperación (la profunda relación del sujeto pasado con la época actual) aparecen sus tres enemigos fundamentales: el paganismo, el oscurantismo y el fariseísmo. Paganismo significaba para él el fasto, la riqueza y la desviación de la Iglesia renacentista. El oscurantismo resultaba no precisamente del olvido de la razón, sino de la mala utilización de la razón y la perversión de la lógica. El fariseísmo, que centraba en la religión hebrea, significaba la repudiación del formalismo bajo el que yace la verdadera fe. Enemigo de estos vicios, ellos lo fueron de Erasmo, y eran malos enemigos en su tiempo. Sin embargo, fue llamado a ser consejero de Carlos V, fue protegido por Enrique VIII —hasta que las cosas se pusieron mal en la corte que promovió el anglicanismo— y le llamaron a su lado algunos Reyes y algunos Papas; aun Pablo III quiso hacerle cardenal, pero la oferta llegó tarde porque Erasmo estaba al quicio de la muerte, que le alcanzó el 12 de julio de 1536; vivió sesenta y nueve años, excelente cifra para su época, sobre todo si se tienen en cuenta la abundancia de hogueras encendidas por toda Europa para las gentes de su profesión y su dedicación.

De toda la obra de Erasmo, la que más conecta con lo de ahora —los: un poco de moda, un poco de encubrimiento de otros problemas, un poco de liberalismo y reformismo para uso de no liberales ni reformistas que comprenden que es preciso que algo cambie para que todo siga igual— es, con los «Coloquios», el «Elogio de la locura»: recomendable para jóvenes re-nietzscheanos, sorbida ya como un rico alimento por estructuralistas mayores —Foucault, Bachelard—, Foucault: para Erasmo, «la locura no acecha ya al hombre desde las cuatro esquinas del mundo. Se insinúa en él, o más bien es una relación sutil que el hombre mantiene consigo mismo». He aquí que Erasmo consideraba la sociedad como enferma de locura y recomendaba que se relajasen ciertas presiones para liberarla: como después (viva la moda) Wilhelm Reich. Errores, mentiras, fealdades, aparecen mezclados, por locura, con verdades, bellezas, juicios rectos; los valores se pierden en esta fusión, y todo es, pues, confusión. El espejo participa de esta crisis y deja de valer. El espejo: la razón. Si la razón ha enloquecido, ¿será la locura la que nos sirva? Siendo el loco en un mundo de locos, ¿no se será normal, dueño de la verdadera razón? Este tema para ejercicio de intelectuales se desarrolla hoy con gran abundancia. He aquí cómo Erasmo conecta, y por dónde se puede establecer el puente sobre los cuatrocientos años pasados.